

como recompensa a todas sus aventuras. «La fe amorosa de Don Quijote es una fe sin esperanzas, que vive de sí misma, y ha logrado inventar a Dulcinea» (pág. 625). En el platonismo, el amor verdadero, es ¿realidad o ilusión? Esto mismo viene a preguntarse Don Quijote sobre su encuentro con Dulcinea en la cueva de Montesinos. Se trata de una pasión amorosa, que es tensión y sufrimiento, trayectoria caballeresca de un amor no cumplido. Entre la espera y la esperanza se realizan las grandes acciones. El psicoanálisis ha ahondado en las interioridades del amor platónico. El amor, como toda la realidad, puede verse desde distintas perspectivas y teorías. ¿Qué permanece del amor cortés o del misticismo si introducimos en ellos las especulaciones socioeconómicas o las frías manos de la psiquiatría? De realidad se vive, si se puede; de sueños se sobrevive. Qué mayor enajenación que la del enamorado. Y sin embargo, ¿qué mayor «vivididad»? Don Quijote es un enamorado. La vida, en su mayoría derrotas, humillaciones, la vivirá con ilusión porque está enamorado.

Quijotismo y Quijanismo

Don Quijote es un personaje que interpreta su tragicomedia; pero que se realiza en la novela, como hombre de carne y hueso ¹², y se sale de ella como una vida real, de la que hemos leído su historia. «Por vez primera en la historia de la novela, un personaje se pone en pie dentro del libro y se define a sí mismo como tal personaje. Por vez primera una figura de ficción rectifica a su autor» (pág. 565.) Un recurso genial de Cervantes tan moderno que parece de Unamuno o Pirandello. Cervantes emplea el artificio —tan actual en la novela, la escena o el cine— del teatro dentro del teatro «que consiste en desdoblar el personaje en dos imágenes distintas: la primera que corresponde a la imagen literaria de Don Quijote, escrita por Cide Hamete Benegeli, y la segunda, que corresponde a la imagen real de Don Quijote» (pág. 661). El personaje, y supuestamente histórico, se convierte en héroe de novela y en el transcurso de la narración se hace hombre. Historia, ficción y realidad se complementan en tres lecturas que engrandecen y definen a Don Quijote. Cervantes, en su maestría narrativa, ha sabido reunir estos tres mundos en el universo nuevo de su novela. En la segunda parte presenta diversas técnicas. Desde el capítulo I al capítulo XXX, presenta a Don Quijote y Sancho en su normalidad de personajes literarios. Desde el capítulo XXX al capítulo LXIV —correspondientes a la comedia de la felicidad— presenta a los protagonistas como seres reales, cuya historia anda en la lectura de los cultos y boca de las gentes. Desde el capítulo XLIV hasta la muerte de Don Quijote, los personajes vuelven a ser otra vez personajes de ficción.

Luis Rosales ahonda en la personalidad compleja del hombre y del héroe, del hidalgo y del caballero, en esa trayectoria vital entre el quijotismo y el quijanismo y señala las siguientes pautas de reflexión: «1.º Sólo puede interpretarse correctamente la personalidad de Don Quijote considerándola como un cierto desdoblamiento de Alonso Quijano; 2.º Cada uno de estos nombres no representan solamente dos etapas suce-

¹² Expresión que tanto gustaba a Unamuno. Véase *Del sentimiento trágico de la vida*.

sivas, sino también dos aspectos simultáneos de un mismo personajes y no se pueden reparar sin destruirse; 3.º El hidalgo y el caballero equivalen al plano proyectivo y al plano real de un mismo ser; 4.º La conversión de Alonso Quijano en Don Quijote no se produce, ni pudo realizarse como un milagro; tiene una larga historia que es necesario puntualizar. Rosales estudia con detenimiento estas hipótesis de trabajo. Para él, el quijotismo ha sido más y mejor estudiado que el quijanismo. (Recuérdese como ejemplo *La vida de Don Quijote y Sancho* de Miguel de Unamuno). El hombre, Alonso Quijano, ha sido olvidado, en función del héroe, que se separa de su condición humana, de sus raíces por medio de las múltiples lecturas de los libros de caballería que le enajenaron.

Señala Rosales que los personajes cervantinos no están concebidos con simplicidad. Son complejos, y mudan de carácter en cada etapa de sus vidas. No son arquetipos inamovibles. Don Quijote y Sancho son personajes vitales. «En la novela anterior a Cervantes no hay personajes tan *hombreados* y vivientes como los suyos» (pág. 747). Señala que Don Quijote va progresivamente humanizándose, no hay locura que valga. Va madurando de la adolescencia de sus primeras aventuras a la serenidad normalizada. No existe contradicción entre Alonso Quijano y Don Quijote. El quijotismo, aventurero y loco, sólo es posible gracias al quijanismo del héroe. Cuando Alonso Quijano se arma caballero, pasa a segundo plano su personalidad de hombre para convertirse en el héroe, en personaje de ficción, que se descarna y deshuesa de sí mismo, para ser una armadura vacía¹³ que representa al caballero andante, cuyas lecturas se convierten en realidades soñadas. Don Quijote deja de ser el hidalgo y labriego para confundirse con Baldovinos, Abindarráez o Reinaldos de Montalbán. El quijotismo es la dirección protagonista; pero el quijanismo permanece latente y complementario. Según la teoría de Rosales, Don Quijote no enloquece de pronto como consecuencia de las lecturas de los libros de caballerías —como apunta cierta crítica— sino que enloquece poco a poco, haciendo que la ilusión y la aventura de su nueva vida inhiban a la razón. Su concepción del mundo ya no es unitaria; tiene un desdoblamiento entre la acción del héroe y la conciencia dormida del hombre. Para aclarar este punto Rosales acude a la filosofía de Xavier Zubiri, cuando explica que el pasado subsiste en nosotros bajo la forma de posibilidad¹⁴. «Esta continuada y sucesiva *resurrección* de su pasado es lo que representa el *quijanismo* en la existencia de nuestro héroe» (pág. 769.)

En la primera salida Don Quijote está loco de remate. En la segunda —apunta Rosales— ya es un loco original. Cervantes va perfilando su carácter. El personaje no está hecho premeditadamente en la conciencia del escritor. Se va realizando en la novela. Escribir es vivir, hacer vivir a otros seres, darles perennidad de escritura, de historia, eternizarlos. Es sabido que el personaje, que comienza como ficción del novelista, adquiere luego su propia vida, y su libertad condiciona el estilo del autor. Cervantes también lo sabía. El tono de la obra —en la dialéctica del autor y su personaje— cambia bastante en cada una de las salidas de Don Quijote. «Es sarcástico en la

¹³ ITALO CALVINO: *El caballero inexistente*, Bruguera, Barcelona.

¹⁴ XAVIER ZUBIRI: *Naturaleza, historia, Dios*.

primera, exaltado y jubiloso en la segunda, melancólico y grave en la tercera» (pág. 793.)

Don Quijote es un personaje cómico-trágico. (Cómico por ser un héroe parodiado, un caballero inexistente, representación de sus aventuras, don Quijote; y trágico por ser un hombre suplantado, doliente, sentidor, Alonso Quijano.) Hace teatro para sí mismo, actúa, simula. Ahora bien, es tan «humano», que ni su desesperación es fingida, ni su conducta arbitraria. Nos atrae porque actúa como nosotros, en la representación de nuestro yo, ante los demás. Actúa enfáticamente, teatralizando, simplificando la vida, anticipando como cierto lo soñado. El carácter teatral de Don Quijote no responde a insinceridad, está relacionado con las razones de su conducta. (La sinceridad es siempre interna, una convicción de ser. Pero la vida es una representación. Cada cual, entre la cortesía y la espontaneidad, desempeña su papel.) Alonso Quijano —su personalidad soterrada— hace de Don Quijote.

«Desde Cervantes hasta nuestros días deberíamos saber que el sueño es vida. El recuerdo es una ensoñación de la experiencia; el proyecto vital es una ensoñación de la persona; el amor es una ensoñación de la realidad», escribe con hondura Luis Rosales. «Soñemos alma, soñemos», escribía Benito Pérez Galdós¹⁵ que no era tan realista como algunos suponen. Como Cervantes, trascendía el realismo. La ensoñación reúne en el presente al pasado y anticipa el futuro. La realidad ensoñada multiplica la experiencia vital. No hay vacío interior si hay sueño; donde hay sueño todavía habita la esperanza. Por eso es importante que el hombre viva por encima de la corteza de la realidad cotidiana. «La historia siempre es futura» afirma Rosales. Don Quijote, pese a todas sus desgracias y derrotas se realiza en la esperanza, viviendo anticipadamente sus aventuras soñadas.

Don Quijote es un héroe moderno, porque es un fracasado, un antihéroe porque es también Alonso Quijano, el hombre de carne y hueso. Es epopeya —revitalizada aunque ya muerta— por el renacimiento¹⁶. Desde la ironía —y también desde la melancolía— Cervantes desmontaba los artificios de la edad heroica ya carente de sentido donde la realidad decadente se imponía al idealismo y descubría el fracaso del caballero. Al fracasar Don Quijote —su armadura postiza— vislumbramos la interioridad del antihéroe, la personalidad escondida de Alonso Quijano el bueno. El poeta sabe que en la edad moderna —desde el renacimiento hasta nuestros días— el hombre de verdad es un fracasado. La modernidad mató al héroe que cada uno pudo ser y ofreció dos alternativas: la caricatura del héroe, vacío de sí mismo, sin corazón, el triunfador, o el hombre interior que se vuelve a su intimidad. Don Quijote es una caricatura de héroe, pero nunca un triunfador. El fracaso le prepara para llegar a ser el hombre interior, el cuerdo Alonso Quijano; Rosales señala dos clases de fracaso. 1.º El fracaso por resultado contradictorio con el prójimo. 2.º El fracaso por resultado ilusorio. En el primero, impera el problema de la justicia; en el segundo el de la verdad. Según Rosales la mayoría de las respuestas que intentan explicar el fracaso en Don Quijote padecen la misma limitación, interpretan la obra sociológicamente. Renuncian a

¹⁵ En el número uno de la revista *Alma española*, Madrid, 1903, donde propugna una teoría del ensueño.

¹⁶ GEORG LUKACS: *Teoría de la novela*, Ediciones Siglo Veinte, 1966.